tienen que ver con mucho gusto y edificación, los que vinieren á ella, siendo todos estos cuidados del Hermano Francisco, muestra de muy hijo de la Compañía. Y aunque en esto lo mostraba, pero mucho más en sus raras virtudes, y en la observancia de sus Reglas y de las de sus oficios en el grado de Coadjutor formado de la Compañía. En la Casa Profesa fué algunos años ropero y por algún tiempo juntamente sacristán, ejercitando con grande edificación esos oficios; su observancia era puntual, su pobreza religiosa muy querida y amada, de suerte que aunque era ropero nunca se vestía cosa nueva, sino la peor y más vieja de casa; su penitencia en cilicios y disciplinas, eran ordinarias. Ayunaba muy á menudo, y la sobriedad en su comida era un casi ayuno continuo, cuidando más de las cosas que ayudaban á su espíritu que de las que tocaban al cuerpo; y así, fué muy dado á la oración y trato con Dios, gastando en éste muchos ratos demás de la oración acostumbrada de la mañana. Y finalmente, se decía del Hermano Francisco que en él se hallaba y veía un engarce de todas las religiosas virtudes con que se hacía amable donde quiera que estaba. Estas quiso Nuestro Señor premiar á los 49 años de su edad y los 26 de muy observante Religioso de la Compañía. Murió el año de 1636 de un desconcierto de estómago que le acabó en breves días, padeciendo grandes dolores con la voluntad de Dios, á quien entregó su alma, recibidos todos los Santos Sacramentos, y está enterrado en nuestra Casa Profesa.

CAPITULO XXIV.

Vida del Hermano Pedro Nieto, Coadjutor temporal de la Compañía de Jesús, que murió de 132 años, habiendo dejado grandes ejemplos de virtud.

Así como este siervo de Dios fué singular y raro en el número de años que vivió, así también fué muy señalado en las virtudes que ejercitó, los años que vivió en la Religión con grande ejemplo de virtud, y porque comencemos por los primeros años de una tan prolongada y anciana vida, decimos que Pedro Nieto nació en una aldea en el Principado de Asturias, en los Reinos de España. Dióse á la labranza del campo en su mocedad, y llegando nueva á su tierra de que Fernando Cortés, Marqués del Valle, había conquistado los Reinos de la Nueva España, se alentó de suerte con esta nueva el ánimo del brioso mancebo, que, con licencia de su padre, determinó dejar el arado y seguir la milicia en las Indias que se habían descubierto y conquistado; al despedirse y recibir la bendición de su padre, como adivinando los muchos años que su hijo había de vivir, le dijo que supiese y se acordase que había nacido el año de 200, y de esta suerte declaraba su edad el buen Hermano, y según la cuenta que varias veces hizo de sus viajes, nació el año de 1505.

Partió de su tierra á Sevilla y halló que se aprestaba una Armada

para la Florida, cuyo General era el adelantado Pedro Meléndez; asentó plaza de soldado, embarcóse, y llegando á unas islas cercanas á la Florida, mandó el adelantado que Pedro Nieto, con otros soldados, fuesen en un esquife á explorar la tierra ó puesto que hallasen, y ellos obedecieron. Pero navegando les sobrevino una tan gran tormenta, que zozobró y se perdió el esquife y se ahogaron algunos, y solos tres ó cuatro, y entre ellos Pedro Nieto, salieron á nado á unos arenales de una de aquellas islas. A tres días de hambre y desnudez que padecían, les vino una noche al pensamiento que sería bien echar suerte entre él y los demás compañeros, y comerse uno para que no pereciesen todos; pero vuelto sobre sí Pedro Nieto, y como temeroso de Dios, les dijo: que ya que en aquella isla despoblada habían de perder la vida corporal, no perdiesen la del alma, y que para no estar en ocasión que viniesen á ese rompimiento, se apartasen unos de otros adonde nunca se viesen. Así lo ejecutaron despidiéndose amigablemente, y vueltas las espaldas, cada uno siguió su derrota; en la que siguió Pedro Nieto halló una palma, de cuyas hojas y agua se fué sustentando de la manera que en aquella extrema necesidad podía. En esta ocasión el General Pedro Meléndez, temiendo por la detención el naufragio de sus soldados, despachó otros en una chalupa, y quiso Dios que estos llegaron á la isla donde los primeros habían naufragado, y con humaredas procuraron dar aviso de su llegada á los que en la isla estaban esperando la muerte. Reconocieron la seña y vinieron todos al puesto. Hallaron á los que venían en su busca, y con el festejo y gusto que se deja entender, salvaron las vidas y se embarcaron para su Armada. Y el Hermano Pedro Nieto, después que entró en la Compañía al acto y consejo tan cristiano que había dado á sus compañeros, atribuía las mercedes que de Nuestro Señor después recibió en su vida tan prolongada. Prosiguió su viaje, y habiendo gastado algunos años en la milicia y guerra de la Florida, después se embarcó para esta Nueva España, y como sus principios habían sido de labrador, con esta ocasión y buscar su comodidad temporal (aunque Dios le traía para que procurase la espiritual de su alma), vino á parar á una de las haciendas de nuestro Colegio de México llamada Santa Lucía, donde asentó á servir con su salario. Aquí sucedió que uno de los pastores se huyó, y el Hermano de la hacienda dijo á Pedro Nieto fuese en su busca; fué, hallóle y al traerle por una ciénega grande que hay en este paraje, huyéndosele el pastor, para reprimirle, le amenazó con el cabestro, y alcanzándole, muy fuera de su pretensión, á uno de los ojos, se lo quebró. Fué tal el dolor y arrepentimiento que le causó el mal que había hecho á su prójimo (aunque involuntario), que por satisfacerle determinó entrar en la Compañía y dejar el mundo y su propia libertad. Pretendiólo y fué admitido por el P. Dr. Juan de la Plaza el año de 1583, y aunque en este tiempo era de mucha edad, pero el sujeto la disimulaba, porque aunque con ceño y enjuto, pero la salud era entera; y habiendo pasado su noviciado loablemente, volvió por orden de la obediencia á la misma estancia donde vivió muchos años cuidando de las haciendas con notable diligencia religiosa, y con una mansedumbre y candidez de paloma con que de todos era amado y estimado. Pero pasado ese tiempo, hallándose ya cansado y de mucha edad para el trabajo del campo, fué llamado á México al Colegio Seminario de San Ildefonso, donde se cría en virtud y letras la mayor

parte de la juventud de este Reino. Diéronle por oficio el de portero, y por aposento uno bien estrecho, debajo de una escalera, que admitió con tanto contento, que con apacible rostro dijo: «Aquí tengo de vivir debajo de esta escalera, los años de San Alejo.» Cumpliólos tan bien que vivió con esta estrechura por espacio de casi treinta años, siendo notablemente amado y respetado de los colegiales, que así por su apacibilidad (que tenía extremada) como por su santidad y edificación con que vivía, lo veneraban.

Dió en esta ocupación singulares muestras de caridad para con los pobres. Dióse tales trazas en la portería, que algunos días daba limosna á trescientos pobres, y para tener que dar con más abundancia, andaba con un cesto por los aposentos de los colegiales, recogiendo los pedazos de pan que les sobraban, y con su buena industria allegaba otras limosnas de consideración, con que socorría á los pobres vergonzantes. En su persona resplandeció mucho la santa pobreza, vistiéndose siempre de lo peor y más viejo de casa, y cuando por sus achaques tenía necesidad de alguna cosa, preguntaba el precio de ella, y si le parecía costosa, decía con humildad que no era menester, que sin ella se pasaría; aunque esto no obstante los Superiores le acudían con el cuidado y caridad debida á quien tantos años tan religiosamente había trabajado. Era muy agradecido á cualquier cosa que por él se hacía, y á todos tenía gran reverencia, señaladamente á los Superiores y Sacerdotes. Cuidaba singularmente de la pureza de su alma, y cualquier defecto que hallase, por pequeño que fuese, lo lloraba con notable sentimiento.

En la guarda de las Reglas fué muy observante, y aunque los últimos años se hallaba con grandes achaques y en una cama sin poderse levantar, acudía á todo lo que podía hacer desde su aposento, pidiendo que le diesen luz con todos para acudir mejor al ejercicio santo de la oración; y mientras los de casa decían la Letanía, él asistía con el corazón á ella, y diciendo con santa llaneza y bondad que desde allí ganaba la Letanía. Tuvo entrañable devoción al Santísimo Sacramento visitándole muy á menudo; cuando andaba en pie comulgaba siempre demás de los domingos, todos los jueves del año, sintiendo con esta frecuencia admirables efectos en su espíritu. A la Virgen Santísima amó con grande ternura, no negando jamás cosa que se le pidiese en su nombre. En la oración vocal gastaba muchos ratos del día, en especial ganando indulgencias así para sí mismo como para las ánimas del Purgatorio con la oración de la Sábana Santa, repitiéndola muchas veces. Y preguntándole en una ocasión cuántas ánimas había sacado, respondió que 60; y según su devoción y bondad, serían sin duda muchas las que gozaban de sus sufragios.

Visitéle yo muchas veces en el tiempo tan prolongado que estuvo en la cama, por vivir yo en este tiempo en el Colegio, y siempre le hallaba con un mismo semblante alegre y apacible, conforme con la voluntad de Dios, y sobre todo tan humilde y contento con lo que hacían con él (aunque no se le daba cosa particular de enfermo ni él admitía), que jamás se quejó de que le faltase nada. Y aunque en tan largo tiempo de enfermedad y cama no podía dejar de ofrecerse algún descuido (sin culpa de los que le acudían), con todo, siempre que le preguntaban cómo se hallaba, todo era con mucha humildad, rendir agradecimientos por la caridad que se le hacía, y decía que nada le

faltaba. Esta apacibilidad invariable de este ancianísimo varón, junta con la sinceridad de su ánimo (que era de paloma), convidaba á nuestros Hermanos estudiantes á que tuviesen particular gusto de que les señalasen, después de comer, á tener la hora de recreación á su aposento. Porque en lo demás del día no echaba menos la compañía, teniéndola continuamente con Dios, entretenido con sus devociones y oraciones. En estas se ejercitaba muchas veces repitiendo unas coplas devotas que él á su modo había compuesto, las cuales tenía escritas y en la pared, frente de su cama, colgadas á los lados de una estampa de papel del Niño Jesús que estaba en medio. Y esta vista, memoria y presencia era todo su entretenimiento, y era cosa que me admiraba que con ser ya de edad de 130 años (como habemos dicho) y estar á buen trecho distantes la estampa del Niño y sus coplas, con todo, tenía tan entera y viva la vista, que alcanzaba á ver lo uno y lo otro. A esto se añadía que tenía una tan rara memoria, que si alguno de los Hermanos Estudiantes, por entretenerse con él, le refería algo de sus devotas coplas mudándole alguna palabra de ellas, aunque fuese para darles mejor consonancia, al punto lo reconocía, corregía y enmendaba la palabra el santo viejo.

Con esta entereza de sentidos y ejemplo continuo é invariable de virtudes, llegó á los 132 años de su edad nuestro Hermano Pedro Nieto y colmado de merecimientos con el ejercicio de tantas virtudes, que especialmente ejercitó los años que sin querella vivió en la Compañía; finalmente, coronó esas muy religiosas virtudes con una alegrísima paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, los tres años últimos que tullido estuvo tendido en una pobre cama, sin poderse menear. Y siempre que lo visitábamos los de casa, lo hallábamos con un semblante alegre, de alma que vivía en compañía de Dios; y con verdad se pudo decir que esos tres años los gastó en oración, porque no echaba él menos que lo visitasen, y estaba contento con su soledad. Fuésele acabando el calor y fuerzas naturales y atenuándose el sujeto, de suerte que se le llegó el último trance de la vida. Gozó de su entero juicio hasta que espiró, y habiendo recibido los Santos Sacramentos con mucha devoción y paz de su alma, se lo llevó Nuestro Señor, dejando muchas prendas de que en compañía de sus grandes siervos lo iba á gozar al Cielo. Murió el año de 1637, y está enterrado en nuestro Colegio de México, donde los cuerpos de tantos siervos hasta la última resurrección están depositados.

CAPITULO XXV.

Vida y muy religiosas virtudes del Hermano Pedro de Oyarzábal, Coadjutor temporal de la Compañía de Jesús.

Aunque pudiera escribir aquí las virtudes de este muy religioso Hermano que yo mismo experimenté siendo Superior en el noviciado de Tepotzotlán, y donde el mismo Hermano trabajó algunos años con

grande ejemplo de virtud en el edificio de casa é Iglesia que aquí tiene la Compañía; pero por haber pasado después el Hermano Oyarzábal por morador del Colegio de Zacatecas, donde murió, me pareció poner aquí la carta que de sus virtudes y dichosa muerte escribió su Rector, el P. Andrés Justino, muy gran religioso, que ya también murió, el cual dice así: «Hoy, 7 de Abril, se llevó Nuestro Señor para sí al Hermano Pedro Oyarzábal, Coadjutor formado, de 41 años de edad y 19 de Compañía, de un tabardillo maligno, que en cinco días le acabó. Era natural de Azpeytia, en Vizcaya, de donde pasó á estas partes, con los fines que otros, de ganar dinero en su oficio de aventajado artífice albañil; pero Dios le llamó á otros más superiores ejercicios de su servicio en la Compañía, porque luego que en ella entró, comenzó á mostrar la fineza de su vocación y estima que tenía de ella, dando desde su noviciado muy buenos ejemplos de señaladas virtudes. Y conociendo que estas suben al paso y peso que bajan los cimientos, los comenzó á echar de muy profunda humildad y conocimiento propio, mostrándose muy reconocido á Dios por haberle llamado al estado de Coadjutor, cuya humildad juzgaba él por tan sublime alteza, que (como varias veces le oimos) no le trocaría por el más levantado del mundo. Y si con la humildad se hermanaba también la pobreza, de suerte que ó la una es fundamento de la otra, ó pocas veces se hallan entre sí divididas, de la humildad de nuestro Hermano se puede rastrear su pobreza, porque la tuvo en grado eminente, y se holgaba y deseaba sentir efectos de verdadero pobre; sus vestidos lo eran tanto, que aun para enterrarle, no se hallaron en casa otros que lo fuesen más. Su relicario y curiosidades se reducían á una bolsita de cuero que traía al cuello, pendiente de un hilo, en que traía sus votos de religión escritos en un papel (en que se echaba de ver que los miraba y guardaba como sagradas reliquias) y algunos propósitos de mortificación y pobreza, que eran como censos que tenía fundados sobre sí mismo é infaliblemente los cobraba. El amor á la pobreza, no sólo lo tenía en su persona, porque en viendo pobres, se le iba el corazón tras ellos, como quien veía en ellos lo que él deseaba para sí, y se aplicaba con alegría á tratar con los más viles y necesitados esclavos y gente de servicio de dentro y fuera de casa, á quienes doctrinaba é instruía en los Misterios de nuestra santa Fe, acomodándose en todo á su corta capacidad, y en este ejercicio gastaba los más ratos que podía.

«Su mortificación fué extremada y él mismo lo mostraba y buscaba en todas las ocasiones que podía ejercitarla; y si bien en la observancia de sus Reglas era puntualísimo, con mayor afecto guardaba las que encerraban en sí mayor mortificación. Tenía hecho propósito (y lo cumplió) de no desayunarse jamás ni comer cosa, aun muy leve, fuera del lugar y tiempos señalados para ello, que es mucho de admirar en un hombre casi siempre ocupado en ejercicios de tanto trabajo corporal como él tenía.

«Su obediencia fué exactísima, y para ayudarse más á su perfecta observancia, tenía en su apoyo varios y devotos apuntamientos, ó sacados de libros de devoción, que con ponderación y fruto leía, ó dictados de Dios en el retiro de su oración. Reconocía á Dios en sus Superiores y andaba con ellos en verdad y caridad y acudía á sus órdenes posponiendo á ellas cualesquiera otros ejercicios, aun los muy necesarios. El amor que tenía á esta virtud y la puntualidad en su observancia, se colegirá mejor de las palabras que el mismo Hermano dejó escritas en los apuntamientos que arriba dije. «No entrarán en el Cielo (dice) todos los que dicen: Señor, Señor; mas aquellos que hicieren la voluntad de Dios. He de considerar que soy hombre, á quien llaman por muy buena paga á hacer lo que le mandaren, y el no hacerlo me trae daño grandísimo é inquietud y escrúpulo de conciencia, y el hacerlo, al contrario, provecho y grandísima quietud del alma; pues veo que doy con esto gusto á Dios, que es la mayor felicidad que se puede alcanzar en esta vida.» Bien muestra en estas palabras el cuidado con que andaba en la perfecta observancia de esta virtud.

«Y por loa de su pureza bastaba el testimonio de los que le confesaron y trataron su alma, los cuales le daban título de angélica; él la procuraba alcanzar con continua y vigilante guarda de sus sentidos, y pertrechar con ásperas penitencias y ejercicios de mortificación. Fuera de casa guardaba gran modestia, compostura, y su trato ordinario con los seglares era de Dios y del bien grande que hace al que llama á la Compañía; y con esto, tenía granjeada tanta opinión con ellos, que después de muerto á una le daban el título de santo Religioso. Fuélo muy celoso del bien de la Compañía, á quien como miraba como á madre, así cuidaba de sus medras que podían ceder en detrimento de su buen nombre, y de unas y otras avisaba al Superior con afecto filial, para que á las suyas impusiese saludable penitencia y previniese las ajenas con conveniente remedio.

«Todas estas virtudes se derivaban como de su fuente de la oración, en que parece tenía vinculados sus recreos y mejores ratos, y cifrando sus más aventajadas medras; jamás estaba ocioso, sino ocupado en este santo ejercicio en la Iglesia, ó aposento ó en los libros de su arte, de quienes decía sacaba gran fruto, pues con ellos evitaba la ociosidad y guardaba su aposento. La mayor parte de la mañana gastaba en la Iglesia, en oración ó ayudando las Misas que podía, con consuelo y devoción suya, y no menor edificación de los de casa y fuera, que tenían notada y alababan esta asistencia del Hermano Pedro á la Iglesia; comulgaba dos veces á la semana, y era poco si se midiera con el afecto de devoción que tenía al Santísimo Sacramento. En la consideración de sus misterios, como en un golfo profundísimo, desplegaba las velas de su devoción, y cuando comulgaba, no parece sabía ni podía recogerlas. El mismo afecto tenía á la Virgen Santísima, y á no temer contravenir á la brevedad que en semejantes cartas se usa, pusiera aquí, en prueba de esto, una que el mismo Hermano escribió á la Virgen Santísima al principio de su noviciado, llena de palabras, tan afectuosas y tiernas, que ellas solas muestran bien el fervoroso incendio de su pecho y el amor con que desde entonces se acogió á las alas y protección de esta Señora, en la cual parece que le recibió y admitió en el número de sus hijos, conservándole como á tal, en tal pureza de vida é integridad de costumbres, que preguntado poco antes de su muerte si tenía algo que en aquella hora le diese pena, respondió: «No, por la misericordia de Dios, porque desde que entré en la Compañía, he vivido, en verdad, con Dios y con los hombres.»

«En la relación de esta carta (que aún se pudiera mucho más extender) se echa bien de ver la perfección religiosa de este bendito

Hermano, y se ven ejercitadas aquellas virtudes en que consiste la verdadera santidad que á los más humildes suele Nuestro Señor comunicar, y parece comunicó á este su siervo, que pasó de esta presente vida á la eterna, á 7 de Abril del año de 1636, en nuestro Colegio de la ciudad de Zacatecas, donde está enterrado.»

CAPITULO XXVI.

Vida y muy señaladas virtudes del fervoroso Hermano Toribio Gómez, Coadjutor temporal de la Compañía de Jesús.

Nació el Hermano Toribio Gómez en el pueblo de Bendejo, montañas de Liébana, de padres muy calificados y ricos, en quienes como en cabeza estaba vinculada la sucesión del mayorazgo de la noble y solariega casa de los Torices, y por el tanto muy estimados, pero principalmente por sus cristianas costumbres, con las cuales criaron á dos hijos que Nuestro Señor les dió; el mayor y sucesor del mayorazgo, llamado como su padre, Juan Gómez de Torices, y el menor, nuestro Hermano Toribio Gómez. Después de muerto su padre, el hermano mayor, heredero del mayorazgo, y á cuyo cargo quedaron las gruesas haciendas que había dejado, envió á la ciudad de Burgos á su hermano Toribio Gómez para que pusiese en cobro gran parte de su hacienda, donde, ó ya por las dificultades que halló, ó lo que más cierto es, tocado de la poderosa mano del Señor que le llamaba, se determinó con resolución heroica dejar el mundo y las muchas esperanzas de valer en él, por seguir á Cristo crucificado.

Andaba á la sazón en misiones el infatigable obrero de la viña del Señor, el P. Nájera, de la Provincia de Castilla la Vieja, á quien Toribio Gómez comunicó sus deseos, y con cuyos sermones y trato se determinó últimamente caminar y seguir la senda derecha de la virtud, entrando en la Compañía de Jesús, para el estado humilde de Hermano Coadjutor, por ser más conforme á la humildad, mortificación y devoción que él tanto deseaba. Admitióle el Padre en su compañía, para probarle y examinar su vocación, temiendo no fuese veleidad de mozo la que tenía; y á esta causa le ejercitó en todo género de mortificación; pero el virtuoso mancebo acreditó su vocación con el rendimiento, humildad, silencio y obediencia, como si fuera esclavo ó criado, con que sirvió, asistió y obedeció al Padre; el cual, satisfecho de ser llamamiento de Nuestro Señor, le remitió á Villagracia para que le recibiesen, con carta para el Superior, en la cual, entre otras razones, le dice ésta: «Bien puede vuestra reverencia recibirle luego, porque le he mortificado tan á mi satisfacción, que sé yo será mucho menos lo que le mortificarán allá.» Con todo, porque más luciera la fuerza de la gracia de la vocación de un mozo de tantas esperanzas, noble, rico y solo, le tuvieron en dicho Colegio como tres meses en el mismo traje de seglar, sirviendo al cocinero y acudiendo á todos los oficios

humildes de la Religión, cuyo silencio y devoción, ya como un fervoroso novicio de la Compañía, edificó tanto á los del Colegio, que le recibieron luego. Viéndose ya el devoto mancebo en el seguro puerto de la Religión que tanto había deseado, comenzó con nuevos fervores á darse tanto á la mortificación interior y exterior, especialmente de la viveza de su natural, que atribuyeron muchos sus vencimientos á insensibilidad y la abnegación en las cosas exteriores á infatuación y corta capacidad, pues en todas sus acciones más parecía una estatua que hombre. Andaba tan dentro de sí, que habiéndole encargado el oficio de refectolero, se lo hubieron de quitar por entonces, porque no acertaba á disponer las cosas de él á derechas; mas un Padre grave, docto y de conocida virtud, acreditó la de nuestro novicio con la calificación que dió de sus muchas prendas, así en lo natural como en lo virtuoso, diciendo que tenía sus sentidos ocupados en mayor empleo, y ojalá muchos, é yo (decía el Padre), pudiera trocar mi corta capacidad por la suya. Tanto era el cuidado que puso, aun desde los principios, en ocultar los talentos que aun para mayores ocupaciones que las de su estado había depositado Dios en él.

Pasados algunos meses, le ordenaron los Superiores fuese al Colegio de Salamanca, obediencia que ejecutó con el mismo gusto y resignación que siempre. Allí prosiguió con el fervor que había comenzado, sirviendo á todos los de aquel Colegio de edificación, viendo á un mozo tan ajustado á sus Reglas, tan dado á la oración, tan quitado de cosas exteriores, que era de emulación santa á la lucida juventud que con tanto aplauso se cría en aquel Seminario en virtud y letras. No sólo á los de casa edificaba su modestia y compostura, sino á los de fuera también, pues acompañando á algunos Padres á visitas de grandes señores, les dejaba nuestro Hermano Toribio muy aficionados á la virtud, viendo en su hablar un fervoroso y santo celo, en su comer la templanza, en sus acciones la modestia y en todo un perfecto retrato de virtud religiosa.

La estimación que hacían de él los que conocían su nobleza, le obligó, deseoso de su menosprecio, á huir de ellos y ocultarse de los suyos, pidiendo (aún siendo novicio) con grande instancia el pasar á estas Indias, donde en 22 años que estuvo en ellas, hasta su muerte, dejó y se olvidó tan deveras de su patria, parientes y deudos, que nunca les escribió una carta. Y habiendo ya llegado á Sevilla, en los pocos días que allí estuvo dejó edificados á todos los nuestros en su obediencia, caridad y humildad religiosa, tanto que, viéndole un Padre que á la sazón era maestro de novicios, dijo: «Este Hermano Toribio en poco tiempo ha alcanzado grandes virtudes, y aunque no se acomoda á negocios exteriores, es por estar absorto en Dios, que le quiere sólo para sí; y cierto, que con sólo verle y oirle hablar de Nuestro Señor, me hallo tan otro en mis deseos, que me mueve á devoción.» Tantos aprecios como éste granjeaba su virtud en los más doctos y santos que le comunicaban; y así, añadió otro varón muy espiritual: «Nadie sabrá lo mucho que es el Hermano Toribio, sino quien tuviere tanto de Dios como él ha merecido.»

En la navegación, que fué muy trabajosa, dió muestras de su fervoroso espíritu, porque habiéndose abierto la nao á los siete días de su embarcación y siendo forzoso pasar á otra, hizo grande instancia porque le dejasen en ella, para ayudar á los que naufragaban en las